

KONSTANTINO KAVAFIS

Aleandría, Egipto, 1863-1933

Poeta griego nacido en Aleandría en la segunda mitad del siglo XIX. Hijo de un comerciante oriundo de Constantinopla. Fue el menor y último de nueve hermanos. Vivió en Liverpool (siete años, de los nueve a los dieciséis) y en Constantinopla (tres años, de los diecinueve a los veintidós). Era cristiano, nacionalista, enamorado y homosexual. Publicó sus primeros poemas en 1886. Dejó recopilados 154 poemas que se publicaron en 1935, dos años después de su muerte, con el título *Poesías completas*. Murió a consecuencia de un cáncer de laringe.

El arraigo del autor a su tierra aconseja un breve repaso histórico. A principios del siglo VI aC, el Egipto de los faraones sucumbió al poderío militar del rey persa Cambises II. Dos siglos después, en 332 aC, su sometimiento fue absoluto, esta vez bajo el griego Alejandro, quien se proclamó faraón, fundó la ciudad de Aleandría (331 aC) y dio lugar al periodo denominado helenístico. El primer rey de este nuevo Estado fue el general macedonio Ptolomeo I Sóter, cuya dinastía perduró hasta la derrota sufrida en Accio (31 aC) por su última representante, Cleopatra VII, frente al ejército romano. De las invasiones militares sufridas por el territorio egipcio en nuestra era, la más importante fue la otomana a principios del siglo XVI (la incursión napoleónica en 1798 supuso un nuevo fracaso en la historia del cabito). A mediados del XIX, los turcos aceptaron compartir la economía de Egipto con Gran Bretaña (acuerdos comerciales) y Francia (canal de Suez). Pero la insurgencia nacionalista sirvió de excusa a los británicos para bombardear Aleandría y convertir el país en protectorado británico. Sucedió en 1882, cuando Kavafis estaba próximo a cumplir veinte años.

La obra de Kavafis tiene dos grandes vertientes: helenismo clásico y pasión erótica. Para su tratamiento de la épica griega, Kavafis se inspira en temas de Homero (siglo VIII aC), Heródoto (484-425 aC), Teócrito (300-260 aC), Polibio (200-118 aC), Diodoro Sículo (90-30 aC), Plutarco (50-120), Suetonio (70-126), Filostrato (160-249)... Y algunos referentes no griegos: San Pablo (10-67), Petronio (20-65), Dante (1265-1321).

A Kavafis no le fue fácil desvelar su preferencia erótica. En noviembre de 1902 escribía: «Esta noche me ha pasado por la mente la idea de escribir sobre mi amor. Todavía no lo haré. ¡Qué fuertes son los prejuicios! Yo me he liberado de ellos, pero pienso en aquellos que todavía son sus esclavos y bajo cuyos ojos podría caer esta página. Me detengo. ¡Qué cobardía!». Con el tiempo, proclamaría su homosexualidad de un modo abierto, mostrándola incluso como rasgo identitario de su pueblo: «Sin temor, como un auténtico griego, la plenitud del placer tuvo» (*Orofernes*, 1915).

También están presentes en su poesía el desprecio por el poder político y el apego al eclesiástico.

En las páginas siguientes incluyo una selección de versos que pudiera servir de acercamiento al estilo e inclinaciones de Kavafis. He seguido la traducción de José María Álvarez, suprimiendo las pausas métricas para evitar la incomodidad del encabalgamiento kavafiano. También he alterado el orden de los poemas, agrupándolos por temas: Amor, Decadencia, Política y Religión.

En otro apartado, recojo algunos de los poemas que Kavafis consideró indignos de ser incluidos en su *opera Omnia*, pero que tienen indudable valor complementario. Sus temas son variados: el ciclo épico sobre la guerra de Troya (todos anteriores a 1911), un primer tratamiento de la derrota de Antonio en Accio, el primer poema de la serie dedicada a Juliano, algún tema de actualidad (algo inusual en su obra) y algunos escauceos amorosos escritos desde una óptica masculina: en uno, la amada es una mujer; en otro, canta a una «encantadora dama»; en otro, él mismo da voz a «la muchacha más bella del mundo».

Para un conocimiento más extenso y profundo de la obra de Kavafis estos apuntes no excusan de leer sus *Poesías completas*.

DEL AMOR NEFANDO

CIX. Teatro de Sidón 400 d.C. (1923)

Hijo de un ciudadano respetable [...] de vez en cuando escribo en lengua griega versos muy atrevidos que hago circular anónimamente, por supuesto. —¡Oh dioses! Que no los vean esos enlutados, esos moralistas—. Versos que cantan el placer de la sensualidad, el eco de esos estériles amores que ellos repudian.

CXXXIII. Días de 1856 (1927)

Su degradación era total. Su tendencia amorosa prohibida, severamente despreciada. [...] Extremadamente puritana era la comunidad. [...] Llegó a ser un sujeto tal que solo con tratarlo podía uno quedar en entredicho. [...] Hijo del amor puso más alto que su honor [...] la excitación del puro goce de la carne, la pura voluptuosidad.

XCIX. El origen (1921)

Han satisfecho su placer prohibido. Y del lecho se levantan, vistiéndose apresuradamente sin hablarse. Abandonan por separado, furtivamente la casa; y mientras caminan algo inquietos por las calles parece como si sospecharan que algo en ellos traiciona en qué clase de lecho cayeron hace poco. Pero cuánto ha ganado la vida del artista... Mañana, otro día, años después, escritos serán los versos vigorosos que aquí tuvieron su principio.

XXX. Peligroso (1911)

Dijo Mirtias [...] no temeré como un cobarde mis pasiones. «Entregaré mi cuerpo a los placeres, a los goces soñados, a las grandes audacias de los deseos eróticos, a los lascivos ardores de mi sangre, sin ningún temor, pues siempre que lo desee [...] en los momentos decisivos hallaré de nuevo mi espíritu, como antes, ascético».

CX. Desesperación (1923)

Perdido para siempre. [...] Deseaba —había dicho— liberarse de la marca del placer enfermizo; de la marca del vergonzoso placer. Aún era tiempo —decía— para salvarse.

CXXI. El año vigésimo quinto de su vida (1925)

[...] No se engaña. [...] Sabe perfectamente lo que arriesga, [...] es probable que esa vida que lleva lo conduzca a un fatal escándalo.

LI. Jura (1915)

Jura una y otra vez que rehará su vida. Mas al llegar la noche [...] con el poder del cuerpo que desea y exige, al mismo fatal placer [...] se dirige de nuevo.

LVII. En la calle (1916)

Su atractivo rostro, un poco pálido. [...] Veinticuatro años, aunque aparenta mejor veinte. Algo en su atuendo le da un vago aire de artista. [...] Marcha sin fin preciso por la calle, como poseído todavía del placer ilegal, del prohibido amor que acaba de ser suyo.

CVI. En un viejo libro (1922)

[...] No era para el amor digamos saludable, el amor más o menos permitido, para el que estaba hecho aquel joven del dibujo —con sus profundos ojos pardos, con la exquisita belleza de su rostro, la hermosura sobrenatural de su atractivo, sus labios ideales que ofrecían el placer de un cuerpo amado, sus ideales labios hechos para camas que la moral ordinaria llama infames.

CXXXIV. Joven artista de veinticuatro años (1928)

¿Cómo poder crear en esas condiciones? Él sufre por un placer mutilado. [...] Nunca en su vida ha amado con tanta pasión. Mas [...] el amor es exigente; quiere la plenitud del ansia mutua y del mutuo ardor. (Los dos se entregan por igual a ese placer anómalo. Tan solo uno vive con plenitud la historia) [...] Besa los labios adorados; y en aquel maravilloso cuerpo —que ahora ya sabe que se limita a consentir— su voluptuosidad apacienta. Y entonces bebe y fuma; bebe y fuma; y pasa el tiempo en los cafés paseando tristemente el marchitamiento de sus formas. ¿Cómo poder crear en esas condiciones?

CXXXII. Dos jóvenes, de veintitrés y veinticuatro años (1927)

[...] Su amigo le traía una noticia inesperada. Había ganado sesenta libras en la casa de juego. Su hermoso rostro, su maravillosa juventud, el sensual amor que los unía, sintieron renacer. [...] Y llenos de alegría y vigor, radiantes de belleza, se dirigieron —no a sus casas respetables (donde además no eran demasiado queridos) sino a una de mala fama que ya les era familiar, y allí alquilaron un dormitorio. [...] Y cuando las costosas bebidas fueron consumidas [...] al amor felices se entregaron.

LXXI. La vitrina del estanco (1917)

[...] Por casualidad sus miradas se cruzaron y el deseo prohibido de su carne expresaron con timidez, balbuceantes. Después unos pasos ansiosos sobre la acera [...] Y luego el *gharry* cerrado... la excitante aproximación de sus cuerpos, las manos juntas, los labios juntos.

Gharry: carruaje que solían alquilar los amantes en Alejandría.

LIII. Una noche (1915)

La habitación era pobre y vulgar. [...] Y allí sobre un lecho barato, miserable, el cuerpo tuvo del amor, los labios voluptuosos y rosados de la embriaguez.

CXXIII. En las tabernas (1926)

Perdido en las tabernas y en los burdeles de Beirut malvivo. No quise quedarme en Alejandría. Tamide me ha dejado; se fue con el hijo del Prefecto. [...] Lo único que me salva como una belleza que permanece [...] son los dos años que tuve para mí a Tamide, el más maravilloso muchacho.

LXI. En una ciudad de Osroena (1917)

De una pelea de taberna me trajeron herido al amado Rémona. [...] Pero ayer cuando iluminaba la luna sobre su carne hecha para el amor...

DEL AMOR INDÓCIL

XLIX. En la entrada del café (1915)

[...] Y vi aquel hermoso cuerpo como hecho por Eros. [...] Modelada con alegría la simetría de sus miembros; [...] modelada la cara con emoción, [...] la pasión en su frente, y en los ojos, y en los labios.

XL. Fui (1913)

[...] Me liberé y fui [...] Y bebí un vino fuerte, como solo los audaces beben el placer.

L. Orofernes (1915)

[...] sin temor, como un auténtico griego, la plenitud del placer tuvo.

LXIX. Contemplé tanto (1917)

[...] Líneas del cuerpo. Labios rojos. Sensuales miembros.

LXXII. Voluptuosidad (1914)

La delicia y el perfume de mi vida es la memoria de esas horas en que encontré y retuve el placer tal como lo deseaba. Delicias y perfumes de mi vida, para mí que odié los goces y los amores rutinarios.

LXX. Días de 1903 (1917)

Nunca lo tendré de nuevo [...] Los poéticos ojos, el pálido rostro en la penumbra de la calle [...] Nunca hallaré de nuevo aquellos labios.

CXXXI. Días de 1901 (1927)

[...] A pesar de su vida disoluta [...] había momentos [...] en que daba la impresión de una carne casi intacta. La belleza de sus veintinueve años, que tanta voluptuosidad provocara, recordaba de pronto extrañamente a un efebo que al amor por primera vez rinde su cuerpo intocado.

CXXIV. Sofista que abandonas Siria (1926)

[...] Ni en Alejandría, ni siquiera en Roma, hay un joven tan deseable y encantador como Mebes.

LXII. Uno de los dioses (1917)

[...] El cuerpo de un hombre joven, alto y hermoso, [...] bajo los pórticos desaparecía, [...] hacia los barrios que despiertan en la noche solo para la orgía y la embriaguez y la lujuria y todo género de vicios.

LXXIII. La tregua de Nerón (1918)

[...] Y sobre todo la delicia de los cuerpos desnudos...

LVIII. Cuando aparezcan (1916)

[...] Esas visiones eróticas sitúalas veladas en tus versos. Trata de asirlas, poeta, cuando aparezcan en tu cerebro.

LX. Grises (1917)

[...] Nos amamos durante un mes. Después él se marchó y no volvimos a vernos.

LII. Pintura (1915)

[...] en esta pintura miro a un hermoso muchacho tendido junto a un arroyo. [...] Qué hermosa criatura. [...] Me siento y largo tiempo lo contemplo.

XLV. Candelabro (1914)

[...] y ardiendo en cada una de sus llamas una mórbida lujuria, un lascivo calor.

DECADENCIA

XV. Murallas (1896)

[...] en torno mío han levantado altas y sólidas murallas. [...] Cómo no advertí que levantaban esos muros. [...] Silenciosamente me tapiaron el mundo.

LXXIX. Comprensión (1918)

Los años de mi juventud, mi vida voluptuosa. [...] Qué vanos remordimientos, qué innecesarios. [...] En el fondo de mi vida joven y disoluta hallaron forma las imágenes de mi poesía. [...] Por ello [...] mis resoluciones [...] de cambiar, duraban dos semanas como máximo.

LXIII. Tumba de Iasi (1917)

[...] Los abusos me consumieron y matáronme. Viajero, si eres alejandrino, no me juzgues, Tú sabes la pasión de nuestra vida aquí, el fuego, el extraordinario placer.

CLIII. Días de 1908 (1932)

Aquel año se encontraba sin trabajo y ganaba su vida jugando a las cartas, o a los dados, y pidiendo prestado. [...] Vestía miserablemente. Llevaba siempre el mismo traje [...] muy raído y ya sin color.

I. Deseos (1904)

Como bellos cuerpos que la muerte tomara en juventud [...] así aquellos deseos de una hora que no fue satisfecha: los que nunca gozaron el placer de una noche, o una radiante amanecida.

LXXV. Recuerda, cuerpo... (1918)

Recuerda, cuerpo, [...] aquellos deseos de ti que en otros ojos viste brillar [...] aquellos deseos —cómo ardían, [...] cómo temblaban por ti, en las voces, recuerda, cuerpo.

V. Anciano (¿1897?)

[...] en el desprecio de su miserable vejez piensa qué poco gozó de los años cuando tuvo vigor, y elocuencia, y belleza. [...] Medita en cómo ahora se ríe de él la Sabiduría y cómo fio siempre —¡qué locura!— de esa embustera que le decía: «Mañana. Tienes mucho tiempo».

Sobre el adagio *Es más tarde de lo que piensas*. Kavafis pone voz femenina a la culpable.

XXXIX. Qué extraño (1913)

Es un viejo. Vencido y fatigado, roto por la edad y los excesos. [...] A su casa regresa para esconder allí su vejez y su miseria. [...] Los jóvenes dicen ahora sus versos.

VI. Velas (¿1899?)

Los días del futuro se alzan ante nosotros como una hilera de velas encendidas doradas, vivaces, cálidas velas. Los días del pasado quedaron tan atrás, fúnebre hilera consumida donde las más cercanas aún humean. Velas frías,

torcidas y deshechas. No quiero verlas; su aspecto me aflige. No quiero volverme y estremecerme al contemplar qué rápidamente se alarga la hilera sombría, qué rápidamente crece con sus velas ya consumidas.

IX. Las almas de los viejos (¿1901?)

En sus viejos cuerpos ya gastados moran las almas de los viejos. [...] Qué monótona la vida miserable que arrastran. Mas cómo tiemblan ante la idea de perderla.

XXIII. La ciudad (1909)

Donde vuelvo mis ojos solo veo las oscuras ruinas de mi vida. La ciudad irá en ti siempre [...] pues la ciudad siempre es la misma. [...] La vida que aquí perdiste la has destruido en toda la tierra.

Puedes cambiar el paisaje, pero no tu pasado.

POLÍTICA

CIII. De la escuela de un célebre filósofo (1921)

[...] Sintióse atraído por la política. Pero la abandonó. El Gobernador era estúpido; y como él los solemnes y oficiosos imbéciles de su séquito.

XXXIII. Herodes ático. (1912)

[...] Los griegos (¡los griegos!) lo siguen, no para juzgarlo ni discutirlo, ni siquiera eligen, simplemente lo siguen.

XXXV. Reyes alejandrinos (1912)

[...] Cesarión está en pie algo más adelantado, [...] pues le han nombrado Rey de Reyes. Los alejandrinos sabían ciertamente cómo todo se reducía a palabras y teatro. Pero el día era luminoso y poético. [...] Así los alejandrinos corrían a la fiesta, y se entusiasmaban y aclamaban, [...] arrebatados por la fascinación del espectáculo aunque muy bien conocían [...] el sonoro vacío de aquella realeza.

LXXIII. Cesarión (1918)

[...] Las exageradas loas y alabanzas son siempre iguales. La gloria sucede a la gloria, todos famosos, fuertes, llenos de nobles hazañas.

CVII. Epitafio de Antíodo, rey de Komagene (1923)

«De Antíoco el beneficioso rey honrad dignamente la memoria. Fue justo y sabio en su gobierno. Prudente y de noble corazón. Pero aún fue más que todo eso, fue griego —la humanidad no tiene cualidad más honrosa; si más alta la hay será entre los dioses».

CLII. En el año 200 antes de Cristo (1931)

[...] Y por fin en la decisiva batalla, donde fue destruido el inmenso ejército que los persas habían concentrado en Arbela. [...] Y de esa gigantesca expedición panhelénica, la victoriosa, la ilustre, la renombrada, la glorificada como ninguna otra lo fuera nunca, de tal expedición nacimos nosotros, un mundo griego inmenso, nuevo: nosotros, los alejandrinos, los de Antioquía, los Seleúcidas, y tantos otros griegos de Egipto y de Siria, y los de Media, y los de Persia, y de otros sitios. Con nuestros opulentos estados, con la acción sutil de nuestros gobernantes. Y nuestra común Lengua Griega conocida por todos desde Bactria hasta la India.

En la batalla de Arbela el macedonio Alejandro, que acaudillaba la Liga de Corinto compuesta por todas las ciudades griegas excepto Esparta derrotó al ejército persa de Darío III. Fue la mayor victoria de Alejandro y el fin del imperio persa. En este poema, Kavafis se inflama de ardor patriótico y desprecio por los lacedemonios.

RELIGIÓN

XXXVI. En la iglesia (1912)

Amo la iglesia —sus ángeles, la plata de sus cálices, sus candelabros, el púlpito, las imágenes, el altar, la digna presencia de los sacerdotes y el solemne ritmo de cada uno de sus gestos [...] mi espíritu sueña con la grandiosidad de nuestra raza.

CXXVII. Gran procesión de eclesiásticos y de laicos (1926)

Una gran procesión de sacerdotes y de laicos [...] desfila a través de las calles, plazas y puertas de la famosa ciudad de Antioquía. Al frente de esta majestuosa procesión [...] la Cruz, nuestra fuerza y nuestra esperanza, la santa Cruz. Los paganos, ayer soberbiamente altivos, ahora sumisos y temerosos con presteza se apartan de la comitiva. Lejos, lejos de nosotros permanezcan para siempre (al menos mientras no renuncien a su error). Avanza la santa Cruz. Y por todos los barrios donde devotamente habitan los cristianos, reconforta y lleva la alegría: y salen los devotos a las puertas de sus casas y se arrodillan, exultantes, adorándola — fortaleza, salvación del mundo, oh Cruz. [...] El sacrílego, el abominable Juliano ya no reina.

Kavafis se muestra intolerante con quienes no profesan sus creencias, atribuye a la Cruz valores ilusorios, ve alegría en la imagen de un hombre martirizado y crucificado. Como cristiano ferviente, celebra la muerte de Juliano el Apóstata en junio de 363. Si lo leo en voz alta no puedo evitar que se me ponga voz de No-Do.

CXXVIII. Sacerdote de Serapis (1926)

[...] Mi diario esfuerzo, oh Jesucristo, es observar las reglas de tu santa Iglesia en todas mis acciones, en cada palabra y en cada pensamiento. [...] Y me aparto de aquellos que tu nombre niegan.

LV. Manuel Komneno (1915)

[...] Recuerda una antigua y piadosa costumbre, y ordena que de las celdas monacales traigan hábitos religiosos, y los viste, alegrándole mostrarse con el aspecto humilde de un sacerdote o un monje. Dichosos los que creen, y acaban sus días modestamente revestidos de acuerdo con su fe.

Manuel Komneno, llamado Megas, el Grande, fue emperador de Bizancio de 1143 a 1180. El retrato de Kavafis no reproduce fielmente al retratado, cuyos sueños de grandeza embarcaron al país en una política bélica en pos del imperio universal.

LXVIII. Tumba de Ignacio (1917)

Soy Ignacio, un lector de la Iglesia. [...] Feliz viví diez meses en la serenidad y la paz de Cristo.

CLIV. En las cercanías de Antioquía (1933)

[...] En Dafne había muchas tumbas. Una de ellas era la magnífica, gloria de nuestra iglesia, del triunfante, el santo mártir Babyla. [...] Juliano estaba fuera de sí y gritó: ¡Sacadlo, desenterradlo! [...] Apolo ha dicho que su templo debe ser purificado. Nosotros cogimos y trasladamos a otro lugar la santa reliquia.

El año de su muerte, Kavafis dedica el último de sus poemas a San Babil, obispo de Antioquía, que fue martirizado hacia el año 250. En 362, Juliano el Apóstata ordenó alejar sus reliquias del templo de Apolo.

OTROS

XX. Los caballos de Aquiles (1897)

[...] Patroclo ya exánime —sin vida— [...] vuelto de la vida al gran seno de la Nada.

XXVI. El Dios abandona a Antonio (1911)

[...] Y sobre todo no te engañes, nunca digas que fue un sueño.

Antonio sale derrotado de Alejandría. Aquí se inspira Terenci Moix para escribir su novela *No digas que fue un sueño*, 1986.

XXXII. Ítaca (1911)

Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca, pide que tu camino sea largo, rico en experiencias, en conocimiento. [...] Ten siempre a Ítaca en la memoria. Llegar allí es tu meta. Pero no apresures el viaje.

XLVII. Los sabios conocen el futuro (1915)

Los hombres conocen los hechos del presente. Los del futuro son secreto de los dioses, únicos poseedores de todas las luces.

EXCLUIDOS DE LAS POESÍAS COMPLETAS

i. Viaje nocturno de Príamo (1893)

[...] Troya en vuelta en el dolor y el abatimiento grandes lamentos por el pirámide Héctor eleva. [...] Príamo no ama las inútiles lamentaciones. Reúne el oro del tesoro [...] y otras cosas, todo cuanto estima oportuno, y lo carga en su carro. De las terribles manos de su enemigo, con regalos recuperará el cuerpo de su hijo para honrarlo con funeral solemne.

ii. La intervención de los dioses (¿1899?)

[...] Los dioses se vengan siempre. Bajarán de sus recintos, la salvación otorgando de improviso a unos y otros, y una vez puesto orden en nuestros asuntos, desaparecerán. Así ha de empezar todo de nuevo; y así siempre ha de ser. Empezar una y otra vez.

viii. El fin de Antonio (1907)

[...] Con oriental gesto la señora [...] dijo: «No te lamentes. No te humilles. Antes bien exalta el gran conquistador que has sido, el que tanto poder ganó, y que si ahora sucumbe, no es indignamente, sino como un romano por otro romano vencido».

x. Simeón (1907 ¿o 1917?)

Antes que nosotros —yo tengo veintinueve años, [...] subió Simeón a la columna y desde aquel día está mirando.

xx. Y sobre aquellos lechos me abandonaba y era feliz (1915)

[...] Mejor entonces haber elegido una vida ascética.

xxv. Oh amigos, cuando yo estuve enamorado...

Oh amigos, cuando yo estuve enamorado —hace ya tantos años— no vivía en el mismo mudo que el resto de los mortales. Vivía en la lírica fantasía, y aunque consciente de su engaño, me daba felicidad, era un sueño cálido y encantador. Mis ojos se detenían en mi amada y el amor hacía aún más bello su rostro. [...] Y el barato percal que la vestía, te juro que para mí era más que seda.

xxvii. Báquica

Cansado del engañoso mundo / solo en mi copa encuentro paz; ¡dadme de beber! [...] No quiero ver la grosera verdad desnuda. Yo gozo de otra vida [...] me encuentro a mí mismo en un vasto prado de sueños. ¡Dadme de beber! [...] oh maravilloso veneno.

xxviii. El poeta y la musa

[...] Mis palabras no sirven; el sonido de mi arpa, por muy musical, no es verdadero. Quisiera cantar los nobles sentimientos, la virtud y la gloria. Pero sé que son sueños. Desagradable hallo cuanto miro, todos mis caminos son de pesadumbre. [...] Al amor canto y a la alegría. Miserable parodia. [La Musa:] Tú no engañas. [...] Eres el sacerdote de un culto divino, [...] tú eres [...] voz que de

lo alto viene. [...] Bajo los velos de las tinieblas, ya prepara la Naturaleza coronas de rosas, violetas y nobles narcisos para ti, dulce recompensa de tus canciones.

xxx. Dūnya Gūzeli (la muchacha más bella del mundo) (1931)

No me engañan mis ojos, esa imagen soy yo, y ninguna otra muchacha es tan bella. [...] Pero, ¡ay!, todo esto ¿para qué? Perdida en este odioso harén, ¿quién contempla mi belleza? [...] Oh Profeta, perdóname con tu soberana clemencia, si mi corazón grita sus penas. ¡Pero hay veces que desearía ser cristiana! Si hubiera nacido cristiana, sería libre, dueña de mis días y de mis noches.

xxxii. Vulnerant omnes ultima necat

[...] El reloj dice: [...] «mi único entretenimiento es mi amargo y monótono destino: la destrucción del mundo. Cuando muevo mis manos, perezosa, lánguidamente, todas las cosas de la tierra avanzan hacia la muerte. [...] Cada una de mis horas hiere; la última, mata». El Arzobispo oyó estas audaces palabras y le dijo: [...] «¿Qué gran majadería ha cubierto en tu densa niebla tu alma? El coro de las horas tiene otra misión por el Señor encomendada: En cada una se nace; la última, de nuevo es madre».

Pero el Arzobispo no debiera dirigirse al reloj, mero instrumento, sino a sus correligionarios que ordenaban inscribir la frase bajo la esfera en las fachadas de las iglesias.

I. Flores artificiales (febrero 1903)

No amo los verdaderos narcisos —ni las lilas, ni las rosas verdaderas. [...] Su carne me disgusta, me cansa y me entristece. Estoy cansado de su perecedera belleza. Amo las flores artificiales —gloria del cristal y del metal— con sus indeseables, incorruptas, fatales formas [...] teñidas con colores más agradables que los naturales [...] las que sacan su gracia de un Gusto sabio y puro; las que no brotan sucias de una tierra fangosa. Si carecen de aroma [...] quemaremos mirra de sentimientos viejos.

Ivii. Como Baudelaire (1891)

[...] Baudelaire me hace suyo cuando sus armoniosos versos interpretan lo que el alma siente al vagar en esas sensaciones.

Ix. «Nous n'osons plus chanter les roses»

Por temor a la vulgaridad cuántas cosas dejo sin decir. Muchos poemas hay escritos en mi corazón; y esas canciones enterradas son las que yo amo. [...] ¡Oh dulce intoxicación de los sentidos! Temo que alguna vulgaridad abuse de tu forma divina.

Ixii. La Posteridad (agosto 1892)

Creo en la Posteridad. [...] Cuando la vida se cierre para siempre a la Creación la mirada se abrirá ante el Creador. Una ola de vida inmortal fluye de cada Evangelio.

Cinco años después, en *Los caballos de Aquiles*, niega la inmortalidad: «Patroclo ya exánime, vuelto de la vida al gran seno de la Nada».

Ixvii. En el cementerio (mayo 1893)

Cuando la memoria lleve tus pasos al cementerio. [...] Eleva tu mente hacia el Señor. Ante ti verás esa estrecha cama del infinito sueño que yace bajo la gracia de Jesús. Nuestra amada religión dignifica nuestras tumbas y nuestra muerte. [...] La estrecha cama del sueño infinito yace tan solo en la Gracia del Señor.

Ixxi. Terror (1894)

Guarda mi sueño, amado Jesucristo, vela por mi alma y por mis pensamientos cuando en la noche inenarrables Criaturas y Cosas comiencen a rondarme. [...] Ahora estoy salvado, porque ahora estoy bautizado en el nombre de Cristo. [...] Guárdame de sus miradas, amado Señor. [...] Tengo miedo de que puedan llevar a mi alma algún terrible recuerdo de los secretos que ellos conocen.

Ixxii. Idiosincrasia (noviembre 1895)

Cada tierra tiene sus propias características. Caballos y jinetes son peculiares de Tesalia; la hora de la guerra a Esparta señala; Media es reconocida por su excelente cocina; el cabello designa a los Celtas, la barba a los Asirios. Pero lo que a Atenas distingue es el Hombre y la Palabra.

Ixxx. El rey Claudius (julio 1899)

Vuela mi mente a remotos lugares. Paseo por las calles de Elsinore, [...] y recuerdo la dolorosísima historia de aquel rey infortunado a quien su sobrino asesinó por infundadas e imaginarias sospechas [...] Claudius fue un rey pacífico; deseaba una vida tranquila —mucho había sufrido su país desde las guerras de su predecesor. En su reinado fue generoso con todos. [...] Odiaba los actos despóticos. [...] Nunca se ha sabido con seguridad las causas que indujeron a su sobrino al crimen. Parece ser que sospechaba del rey, como autor de la muerte de su padre. [...] La mayoría de la gente, en sus conciencias sintieron pena por el buen rey injustamente asesinado.

Inversión del *Hamlet* de Shakespeare. En realidad, el dramaturgo inglés no tiene la paternidad del personaje, príncipe danés que aparece en varias leyendas nórdicas y, con el nombre Amled, en la *Gesta Danorum*, historia danesa escrita por Saxo Grammaticus entre los siglos XII y XIII.

Ixxxix. Confortación (junio 1903)

Quien confortar su espíritu desee debe abandonar toda sumisión. Observará algunas leyes pero violará la mayoría. [...] Solo así crecerá virtuosamente en la Sabiduría.

Ixxxiii. Lo oculto (abril 1908)

Nunca descubrirán quién fui en lo que hice o he dicho. [...] Algo me detenía muchas veces cuando iba a hablar. Solo en mis hechos más oscuros y en mis escritos secretos: solo en ellos puede comprendérsese. [...] Cuando el tiempo pase, en una sociedad mejor, habrá seguramente personas creadas como yo y actuarán libremente.

Ixxxiv. Regreso a Grecia (julio 1914)

[...] Ya estamos navegando por nuestro mar; aguas de Chipre, de Siria, de Egipto, amadas aguas de nuestros países. [...] No nos avergoncemos de llevar

sangre egipcia o siria corriendo por nuestras venas. Respetémosla e incluso hagamos alarde de ella.

lxxxvi. Casa con jardín (febrero 1917)

Me haría tan feliz disponer de una casa en el campo [...] para poder gozar de los animales [...]. Por lo menos siete gatos [...]. Un loro [...]. En cuanto a perros, pienso que tres serían suficientes. También me gustaría tener dos caballos [...]. Y, por supuesto, tres o cuatro de esos [...] encantadores animales, los burros, [...] y regocijarme con su aspecto.

lxxxvii. Gran festín en casa de Sosibios (junio 1917)

[...] Necesitaba tanto este descanso: arduo es mi trabajo. [...] Pero la tarde, ay, fatalmente muere [...] y hay que volver a nuestras intrigas, volver a la estúpida y aburrida política.